

*jointe sur nature et grâce dans la théologie du Vatican II* (pp. 311-326). Con el intento de mostrar la imposibilidad del matrimonio meramente civil de los bautizados, somete a crítica el concepto de naturaleza pura, que atribuye a los teólogos de los siglos XVII y XVIII, en su polémica contra los protestantes y el naturalismo de Grotius, aunque la brevedad de la nota no le permite ofrecer pruebas de esto. Explica que el Concilio Vaticano II no ha hablado de naturaleza pura, pero sí de sobrenatural y natural.

El estudio de E. Hamel, *Indissolubilité du mariage chrétien réalisé* (pp. 327-357), trata en primer lugar de la indisolubilidad en la Iglesia de los primeros siglos, insistiendo en la necesidad de distinguirla de la separación, que, si bien no se daba en el derecho romano clásico ni entre los judíos, sí la conocían los cristianos en virtud del mandato de Cristo, que no permitía pasar a nuevas nupcias mientras viviera el otro cónyuge. Estudia con detalle la enseñanza de los Papas entre los siglos V y XII. Respecto al Concilio de Trento, pone de manifiesto que, al mismo tiempo que enseñaba la doctrina de la indisolubilidad, no quiso condenar a los orientales separados, que practicaban el divorcio. El lector halla en estas treinta páginas una buena documentación, presentada y valorada con altura y rigor teológicos.

Concluye el libro una breve relación de Gagnon, *Pastorale des divorcés remariés* (pp. 358-371), que insiste en la necesidad de atenderlos pastoralmente, pero sin ceder en la doctrina.

ANTONIO MIRALLES

Juan-Miguel GONZÁLEZ GÓMEZ - Manuel-Jesús CARRASCO TERRIZA, *Escultura Mariana Onubense. Historia, arte, iconografía*, Huelva, Instituto de Estudios Onubenses «Padre Marchena», Excma. Diputación Provincial de Huelva, 1981, 590 pp. + 252 láms., 16,5 × 24.

Es difícil escribir una reseña de este libro sobre la *Escultura Mariana Onubense*, porque es un libro raro. Al decir raro quiero emplear este término en su sentido más propio —salirse de lo corriente—: precisamente aquel que se aplica a las obras de arte, plásticas o literarias, que poseen un especial interés. Estas rarezas son, a mi juicio, cuatro: su concepción, su factura, su elaboración y su interés.

En primer lugar, el libro es un catálogo —exhaustivo— de las imágenes dedicadas a Nuestra Señora en la diócesis de Huelva, que presentan interés artístico. Temporalmente abarca desde la imaginería románica, llevada a tierras andaluzas por los castellanos en sus correrías de la Reconquista, hasta las actuales del siglo XX. Es, con toda propiedad, un catálogo; pero un catálogo que no se limita, valga la redundancia, a catalogar. No se satisface, según el modo clásico, con describir cada ejemplar en estudio, definir su material, estilo, fecha, procedencia, incluso donante o primer propietario y alguna vicisitud histórica. Une a esta ficha técnica todos los datos de la tradición escrita u oral que han podido conocer los autores en torno a cada obra singular, formando así

una verdadera monografía de cada imagen contemplada. Fácilmente puede comprenderse que, en algunas, esta monografía es mínima, hecho que viene ampliamente compensado por la extensión de otras y el gran interés de todas.

No termina aquí esta primera nota. Se une a este modo de estudiar y describir cada imagen el criterio seguido para su ordenación en el libro: su agrupación temática, algo en sí primario, pero hecho de tal modo —y aquí radica su originalidad— que forma un verdadero tratado de Mariología.

La obra sigue los tres grandes dogmas marianos: Inmaculada Concepción, Maternidad Divina de María y su Asunción a los cielos. Cada apartado, en que se subdividen los capítulos, va precedido de una introducción teológica e histórica, que ofrece la fundamentación bíblica y patristica, los orígenes apócrifos en su caso, la doctrina mariológica, la celebración litúrgica, la expresión iconográfica, manifestaciones de culto, dedicación de templos e instituciones, etc.

La segunda *rareza* se refiere a la factura. El castellano en que está escrito el libro es conciso, rico en matices: literario, en una palabra; y, a la vez, preciso en sus formulaciones históricas y teológicas. Todo ello hace que la lectura sea grata y mantenga un interés no decreciente, que excita la curiosidad del lector por saber algo más sobre la forma en que la piedad popular y la inspiración artística ha imaginado a Nuestra Señora, ha plasmado esta imaginación precisamente en una imagen, y la ha hecho hablar, no sólo por la expresión de su rostro y de su porte, sino además rodeándola de símbolos, casi siempre tomados de la Escritura, pero no rara vez de los lugares donde se la entroniza, instituyéndola como patrona de un convento, de una parroquia, de una capilla o ermita.

Completan la información literaria un buen número de láminas, 252: buenas fotografías, una por cada imagen representada, tomadas desde un mismo enfoque frontal, cuya preocupación es mostrar la totalidad de la figura o del relieve.

La tercera nota positiva reside en los esmerados índices especiales, de advocaciones marianas, de artistas y de lugares, además de los generales de textos e ilustraciones; y en el elenco de las fuentes, así como en la bibliografía especializada, amplísima. La impresión es buena y cuidada, sin sobrepasar los modestos límites de una edición normal de un libro científico.

La cuarta peculiaridad estriba en que si el libro es interesante bajo el aspecto de catálogo de la imaginería de una diócesis, lo es aún más como estudio de la piedad mariana —teológica y popular (los dos términos no se contraponen)— de un pueblo, y exposición ordenada, importante, comparable a la clásica de Manuel Trens, de lo que podría llamarse historia de la Virgen desde su concepción hasta nuestros días. Un resumen, que no puede ser breve, del índice general de la obra, dará una idea suficiente de este último extremo.

El primer epígrafe general, «María, Predilecta de Dios», acoge los dos misterios básicos de Nuestra Señora: Llena de Gracia, y Mujer perfecta. El primero de ellos, la Concepción Inmaculada, inicia la serie de imágenes de esta advocación, para pasar al concepto de Trono de la

Gracia y sus derivados: Virgen de las Virtudes, de las Flores, de la Fe, de la Esperanza, del Amor Hermoso, de la Caridad, de la Piedad. Como Mujer perfecta recibe las denominaciones de Virgen de la Bella, de la Blanca, de la Hermosa. Incluye aquí el catálogo la imagería referente a la infancia y adolescencia de Santa María.

El epígrafe segundo trata de la Maternidad Divina de Nuestra Señora, primero en su imagería gloriosa, de origen griego: Virgen Majestad (*Kyriotissa*), Conductora (*Hodegetria*) y *Mater Amabilis* (*Eleousa*). Inmediatamente después ofrece las representaciones de la acción corredentora, desde la concepción del Salvador hasta el entierro de Jesús, con las advocaciones específicas —además de las expresiones plásticas derivadas de textos evangélicos— de Expectación del Parto o Virgen de la O, Virgen de la Candelaria, de Belén, del Reposo, Santa Ana Triplex; para pasar a la impresionante serie de las Vírgenes dolorosas: de la Amargura, del Amor, de las Angustias, de Consolación, de los Dolores, de la Esperanza, del Mayor Dolor, de la Misericordia, del Pasma, de la Piedad, del Refugio, de Resignación, del Rosario, de la Soledad, del Socorro, del Valle, de la Victoria, entre otros títulos. Termina con la imagería de la Virgen y la Iglesia naciente: Virgen de Albricias y de las Alegrías, de la Esperanza, del Rocío, de los Doce Apóstoles, del Pilar.

En el apartado siguiente, «María, Reina y Madre de Misericordia», el elenco de advocaciones es también interesantísimo. Además de Nuestra Señora Reina —Virgen Coronada, Reina de los Angeles, del Mundo, de los Santos— contiene aquellas derivadas de ser Santa María Medianera Universal de todas las gracias: Madre de la Iglesia, María y los Sacramentos, María Auxiliadora, Virgen del Amparo, del Buen Fin, de Consolación, de Guía, de las Mercedes, de los Milagros, de los Remedios, de la Salud, del Socorro, de la Victoria; o aquellos títulos simbólicos de mediación: de la Cinta, de la Estrella, de la Fuente, de la Granada, de Luna, de la Luz, del Mar, del Prado, del Puerto, de la Tórtola, del Valle, Divina Pastora, etc.

Un último apartado encierra, bajo el título de «María en la devoción y culto», las advocaciones surgidas en torno a un encuentro fortuito, a veces atribuido a milagro, de antiguas representaciones de la Virgen escondidas en tiempos de persecución —apariciones pasivas—; o de las dos últimas manifestaciones de Nuestra Señora, reconocidas como verdaderas en el culto público de la Iglesia: Lourdes y Fátima —apariciones activas—. Para terminar con las dos grandes devociones de la Virgen del Carmen y la Virgen del Rosario.

La singularidad de la obra, la *rareza* a que tantas veces he hecho alusión, se confirma con un nuevo carácter: podría ser el origen de la composición de un elenco típico de clasificación de imágenes, no sólo de Nuestra Señora, sino también del Señor y de la hagiografía completa, que aúne las perspectivas teológicas, históricas y artísticas.

JOSÉ-ANTONIO IÑIGUEZ HERRERO